

Conversaciones

En la redacción de NUEVA REVISTA se celebró un coloquio sobre el tema de nuestra política exterior durante los últimos 15 años. Participaron en el mismo Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Asuntos Exteriores; José María de Areilza, que ocupó igual cartera en el primer Gobierno de la Monarquía; Antonio Fontán, director de NUEVA REVISTA; Sucre Alcalá, subdirector; Santiago de Mora-Figueroa, marqués de Tamarón, miembro del Consejo Editorial de NR; y Alberto Míguez, periodista y comentarista de política exterior, también miembro de nuestro Consejo Editorial.

COLOQUIO SOBRE POLÍTICA EXTERIOR

Fontán. Es un honor para NUEVA REVISTA recibir la visita del actual ministro de

Asuntos Exteriores, don Francisco Fernández Ordóñez y del primer ministro de Asuntos Exteriores de la Monarquía restaurada, don José María de Areilza. Representan dos momentos capitales de la presencia de la España democrática y de la Corona en la vida política internacional, el del inicio y el de la plenitud actual. El ministro de Asuntos Exteriores, José María de Areilza, realiza la plena incorporación a la comunidad de países occidentales de la España democrática y de la Monarquía restaurada. En aquellos años esa operación política tan brillante es fundamentalmente atribuible a él. Esa operación fue refrendada por el aplauso y la asistencia de la inmensa mayoría de los españoles políticamente conscientes y responsables.

Después se normalizó nuestro sistema democrático, se acordó establecer la Constitución, se formalizaron los partidos políticos y adquirió plena vigencia el sistema político español. Durante los primeros años, lo que parecía ser un logrado consenso o acuerdo nacional para la devolución de España a la comunidad internacional, pasa por momentos de dificultades y de tensiones que se centran, probablemente, en torno al momento de la entrada en la OTAN.

Pero los tiempos han cambiado. Ahora se piensa otra vez en una política de Estado que esté por encima de los partidos políticos. Y esa voluntad de conseguir una presencia del Estado español en el mundo actual, la representa la política que está desarrollando el ministro Fernández Ordóñez.



Areilza:

La tendencia federativa que tenga la constitución de Europa unida de aquí a dos o tres años puede ser un tema interesante para consolidar el tono no separatista de los nacionalismos existentes.

Creo que estos dos puntos, el de arrastre y el actual, en las relaciones exteriores son los que justifican y dan lugar a este coloquio.

Tanto Alberto Míguez como el marqués de Tamarón, Sucre Alcalá y yo mismo, iremos planteando cuestiones a ambos ministros que ilustren a la opinión pública y pueda recogerse este coloquio sucintamente, resumido, como es habitual en las páginas de la NUEVA REVISTA.

Tal vez Alberto Míguez quiera plantear alguna pregunta, o prefieren los señores ministros decir algo como introducción.

Alberto Míguez.—No, yo creo que el embajador Areilza podría hacer tal vez algún comentario a lo que ha dicho el señor Fontán. Cuál fue, por ejemplo, su experiencia en aquel momento, si le resultó verdaderamente fascinante abrir España al mundo.

José María de Areilza.—Efectivamente yo recuerdo las horas dramáticas de aquel momento histórico en que, desaparecido general Franco, entraba a regir el país Rey Juan Carlos. Don Carlos Arias, que era el presidente del Gobierno, recibió el encargo de incorporar a determinadas personas dejando a otras para que hubiese una continuidad en el tiempo de aquel Gobierno.

Tengo que decir que Carlos Arias no puso ningún inconveniente en la gestión de la política exterior. Incluso, me dejó hacer de una manera casi, casi, para mí misma exagerada. Manifestaba un escaso interés por las cosas exteriores. Me decía que aquí no era su terreno, que él no sabía bien como estaban planteadas las cuestiones y que avanzara con el criterio que le había manifestado. Y cuando despaché con el Rey (dos o tres ocasiones en los primeros días (era a finales del año 75) don Juan Carlos me manifestó una entera confianza y me dijo que a él debo el haber tenido verdadera carta blanca para poder hacer los viajes que hice y llevar a cabo todas las gestiones que llevé a cabo, porque sabía que estaba respaldado, cuál era el alcance, propósito y el límite de la evolución democrática de España.

Recuerdo que un periódico que me contactaba mucho, cuyo nombre no quiero recordar, decía: «Areilza, el ministro de Asuntos Exteriores, ha ido a vender a Europa una mercancía que no existe: la monarquía democrática». Era verdad, pero creo que trataba de una buena venta, al decir lo que había que hacer, lo que se iba a legalizar. Yo en aquellos meses —porque estuve solamente desde noviembre o diciembre de 75 hasta junio del 76—, primero despaché los asuntos urgentes, había cuatro o cinco que con gran gentileza y sinceridad Pedro Cortina me advirtió que no podían espera



De izquierda a derecha: Alberto Míguez, Francisco Fernández Ordóñez, Antonio Fontán, José M.ª de Arelliza, Santiago de Mora-Figueroa y Sucre Alcalá.

Con su discurso de junio de 1976 ante el Congreso de los Estados Unidos, el Rey de España puso en pie a los miembros de la Cámara y el Senado.

que necesitaban arreglo. Y entre esos asuntos, estaba el evitar por completo el riesgo de incidente militar grave en el Sáhara, algo que no podía ser bueno para el estreno de un sistema nuevo. También el que hiciésemos las paces, por decirlo así, con Portugal. Era algo que Portugal deseaba y Melo Antunes (entonces ministro de Asuntos Exteriores) me pidió que fuera hasta Guarda, una localidad que está cerca de la frontera, para poder establecer allí las bases de un compromiso y rectificar todo lo que había ocurrido. El tercer asunto urgente eran las relaciones con la Santa Sede, que habían quedado en un punto muerto y existían unas tensiones muy graves originadas por ciertos malentendidos. Y, finalmente, había otro punto también interesante: la necesidad que teníamos de concluir un acuerdo con los Estados Unidos, algo que había tropezado con una especie de resistencia a ultranza del Ministerio, de mi antecesor Pedro Cortina y de los americanos. Había una serie de puntos de fricción algunos de ellos muy graves que dificultaban la renovación de los acuerdos que estaban prorrogados pero no habían sido renovados.

Marqués de Tamarón.—¿Fue entonces cuando inició aquel programa tan intenso de viajes?

J. M. A.—Bueno, todo lo anterior eran misiones urgentes e hice 11 viajes en esos seis meses. Manifesté mi deseo de, ante todo, viajar a los países con los que teníamos cuestiones pendientes. Por ejemplo, tuve



una conversación con Kissinger en París, muy interesante. Como yo conocía a Kissinger de mis años en Estados Unidos y sabía que era un hombre inteligente, duro, implacable, sobre todo cuando tenía un interlocutor enfrente que no sabía bien lo que quería, le dije:

—Yo sé muy bien lo que quiero, si usted me permite decirlo.

—¿Qué quiere usted?

—Un Tratado con los Estados Unidos.

—¿Cómo un Tratado?

—Sí, no un convenio ejecutivo, sino un Tratado. En primer lugar, un texto que haya sido aprobado por el Senado. En segundo lugar, contrapartidas del orden de 1.000 millones de dólares para hacer frente a nuestras necesidades de carácter urgente.

—Muy bien, ¿qué más?

—Y tercero, que se ponga un límite a la estancia en España de armas nucleares, una fecha, no sé si es el año 78 o 79, pero que se ponga una fecha tope en el texto.

—¿Tiene usted los expertos?

—No hay más expertos que un señor que me acompaña y yo. —Y él sacó entonces una batería tremenda de expertos en París. Y me dijo—:

—Bueno, estamos de acuerdo.

—Estamos de acuerdo.

—Yo le enviaré un recado a Madrid, etc.

Firmamos en el mes de enero. Con todo ello, logramos una cosa muy importante: unas relaciones amistosas estables con la

Conversaciones



Fernández Ordóñez:

En mi período hemos ganado un poco el consenso otra vez, que se había perdido anteriormente mucho. En este momento vivimos un consenso atenuado.

potencia número uno de lo que podríamos llamar el bando democrático.

A. M.—Posteriormente se produjo la «ofensiva europea»...

J. M. A.—Sí, después fui a visitar uno por uno a todos los países de la Comunidad, que eran seis, para plantearles el problema de que España deseaba en su día entrar en la Comunidad, aunque no tenía en aquel momento una situación democrática establecida. También les dije que esperábamos que eso se produjera cuando España tuviera una Constitución, se celebraran elecciones libres y contase con un Parlamento pluripartidista. Estuve en Bruselas, en Holanda, en Copenhague, en Dublín y en Luxemburgo. Fui a ver al señor Callaghan en Londres, estuve con Wilson también y saludé a la señora Thatcher, que acababa de ser nombrada jefe del partido conservador. Recuerdo que estuvo amabilísima, muy efusiva y que me dijo que era partidaria de ayudarnos en el proyecto que entonces estábamos iniciando. Y además conocí a lo que podríamos llamar el «equipo alemán».

Fue el país que nos dio la más calurosa acogida. Conocí a Genscher, a Kohl, a Schell, que eran los tres hombres que manejaban entonces la política alemana y también a Strauss. Realmente, me convencí de que allí teníamos un sólido apoyo para toda nuestra operación de política democrática. Luego hice un viaje a Roma, donde visité largamente al presidente Rumor, que me había invitado.

También vi a Pablo VI, y estuve con Casaroli. Allí tracé las bases de lo que sería el conjunto de los acuerdos futuros. La única cosa que me pidió Pablo VI, es que convenciésemos al Rey de que renunciara a los derechos que tenía sobre la presentación de obispos. Así se hizo. Bennelli era un hombre que, como decía no sé quién, se parecía bastante a un ratón campesino que asomaba la cabeza, desaparecía y reaparecía por la otra punta del despacho, con otro argumento. Yo me divertí mucho con él, le hice rabiarse un poco, pero también encontré que había unas presiones tremendas por parte de elementos muy conservadores, no tanto de la Iglesia española, que se portó muy bien en todo aquel proceso, sino de grupos que algunos de ustedes conocen bien. Se trataba de que no se llevaran a cabo ninguna de esas reformas que quedaron casi como estaban.

Esto fue la sustancia de lo que hicimos en primer lugar, junto con una idea que le propuse al Rey: puesto que era el Segundo Centenario de la Constitución Americana, convendría aprovechar una invitación de tipo general que estaba pendiente para que don Juan Carlos fuera a EE. UU. Acordamos que antes hiciera una escala técnica

—prácticamente fue de unas horas nada más— en la República Dominicana, por aquello de ser la primera Fundación española en el Nuevo Mundo. Y efectivamente, tuvimos allí una cordialísima acogida. El Rey declaró que su primer viaje al extranjero había sido para pisar tierra iberoamericana. Y desde allí nos fuimos a Washington, donde estuvo tres días. Fue una visita muy importante. El Rey me preguntó si debía hablar en inglés o en castellano. Yo le dije: «Estuve en muchas ocasiones en estos actos en Washington cuando fui embajador durante seis años y es evidente que un discurso pronunciado en el Congreso, ante el Senado y la Cámara de Representantes en inglés en vez de en lengua vernácula siempre llega primero y mejor». El Rey hizo un gran discurso. Dijo unas palabras terminantes: «Yo me comprometo a que el sistema democrático en España vaya hasta la pluralidad de partidos y también me comprometo a que en la nueva Constitución el partido que obtenga la mayoría de votos de la Cámara se encargará de formar Gobierno». Fue como un anticipo de lo que vendría después. Aquello puso en pie al Congreso de Estados Unidos, porque entendían todos que el Rey se había comprometido ante la opinión pública del país más importante del mundo libre.

Después ocurrieron una serie de cosas que no tienen nada que ver con la política exterior y en la renovación del Gobierno, cuando se produjo la crisis de julio de 1976, yo mismo recomendé que nombraran a Marcelino Oreja por ser el hombre que llevaba el «día a día» a la perfección y además era subsecretario mío.

A. F.—A mí me consta que realmente Areilza fue el ministro de Asuntos Exteriores de la Monarquía, no el ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno, de aquel Gobierno. Yo supe, antes de que aquel Gobierno se constituyera, de una fuente absolutamente fidedigna, que el ministro de Asuntos Exteriores iba a ser don José María de Areilza. La designación fue una manifestación de confianza de la Jefatura del Estado, de la Corona, hacia la personalidad política del entonces embajador Areilza.

Efectivamente, ése fue el momento de la introducción de España en lo que se llamó el concierto internacional, puesto que antes ocupábamos una posición marginal, apenas se nos toleraba en ciertos foros internacionales.

Ahora el ministro Fernández Ordóñez se encuentra con otros problemas que, en el fondo, acaban siendo los mismos.

A. M.—Enlazando con lo que decía el embajador Areilza, me da la impresión de que una de las prioridades de su gestión fue-

ron las relaciones con los EE. UU. Partiendo de este principio, me gustaría preguntarle al ministro Fernández Ordóñez si verdaderamente estas relaciones con el gran país constituyeron también para él un grave problema. ¿Cómo se desarrollaron en los últimos tiempos? ¿Había alguna herencia difícil de superar en un determinado momento?

Francisco Fernández Ordóñez.—Creo que sí porque, claro, heredamos un convenio enormemente polémico por muchas y diversas razones.

Primero, porque estos convenios arrancan de la época de Franco y por tanto desde el punto de vista de la opinión pública resultan muy distintos de los que tienen los Estados Unidos con otros países de Europa. Era un convenio pre-democrático, con el que se había polemizado y se sigue polemizando. Por tanto, efectivamente, ésa fue una operación que ha complicado mucho las relaciones con los Estados Unidos. Por eso tengo que decir que el reciente convenio que se ha hecho para ocho años no fue a petición de los americanos. Yo, personalmente, lo propuse al presidente del Gobierno porque me parecía que el negociar cada cuatro años era muy complicado y, hasta cierto punto, inútil. Creo que efectivamente ese convenio que en un momento cumplió unas funciones, que luego cumplió otras y que ahora cumple otras más normales, fue siempre un problema. Yo espero que en este momento deje de serlo.

A. M.—Otro tema. Cuando el señor Areilza llega al Ministerio, casi se puede hablar de consenso en política exterior. Casi todas las fuerzas políticas, legales o ilegales, apoyaban una apertura total de España al mundo. Por parte de los grupos sociales, parece ser que había también un consenso generalizado: integración en Europa, buenas relaciones con los EE. UU., etc., etc. ¿Cuándo se empieza a romper ese consenso, señor Areilza?

J. M. A.—Yo creo que ése es un problema ajeno a la política exterior. Quiero decir que lo que se produjo con aquel primer Gobierno, fue curiosamente que había una falta de orientación directa: no se sabía muy bien hacia dónde íbamos. En otras palabras, yo hacía esos viajes, vendía mi mercancía, hablaba de entrar en el Mercado Común, me entrevistaba con el secretario general del Consejo de Europa, etc., etc., convencido de que para eso era necesario tener un aval democrático establecido. Y, en cambio, en las reuniones de los Consejos de Ministros —dicho sea con todos los respetos a mis compañeros, sin excepción— había una porción de discusiones sobre temas puntuales que no tenían nada que ver



Areilza:

Al cabo de seis meses se detectó un clima tremendamente enrarecido porque, curiosamente, había una auténtica campaña entre el Gobierno por ser demasiado aperturista.

con el verdadero problema: ¿hasta dónde, cómo y cuándo iba a empezar la transición? Y eso duró casi todo el tiempo del Gobierno Arias. Por ejemplo, un día que yo sacaba a colación una conversación con Pablo VI, se la empezaba a contar a Carlos Arias, y él me cortaba y cambiaba de tercio, porque le parecía que ese tema era secundario. En cambio, hablábamos del precio que se iba a establecer para la remolacha, de unos cultivos, de unas semillas de no sé dónde.

Yo trataba de reintroducir la cuestión y decía: «Bueno, pero debemos tener un día una conversación para lograr un acuerdo o un desacuerdo con lo que todavía subsiste del Movimiento Nacional», el Consejo Nacional, el Consejo del Reino y las Cortes franquistas, y entonces se me contestaba: «Sí, sí, se hará una reunión mixta..., ya veremos lo que pasa en ella...». Pero no había un plan, no había un proyecto. O, mejor dicho, existía pero nunca se planteó en el Consejo de Ministros.

En aquel ámbito yo era un señor que venía unas ilusiones exteriores basadas en un supuesto sobre el que no se deliberaba. Resultado: que al cabo de seis meses se detectó un clima tremendamente enrarecido porque, curiosamente, había una auténtica campaña contra el Gobierno por ser demasiado aperturista.

A. F.—El aperturismo se limitaba al Ministerio de Asuntos Exteriores.

J. M. A.—¡Cómo vamos a negar, por supuesto, que estaban Adolfo Suárez, Osorio, Calvo Sotelo y Fraga! Pero el problema era que no se había planteado el cambio como el asunto más importante y único. Debíamos haber tenido reuniones todos los días diciendo: «Ahora vamos a hablar del proceso de transición». Pero no fue así. En contra de eso, estaban latentes las amenazas, todo hay que decirlo, de determinados grupos militares que actuaban, conspirando o publicando documentos en un determinado periódico. Era algo obvio y estaba a la luz del día. Y claro, cuando se producía alguna de esas pequeñas escaramuzas en el Gobierno, ¡se decía cada cosa! Un ministro, por ejemplo, aseguró que para resolver una determinada huelga había que hacer «como en Barcelona antes de subir al poder Primo de Rivera» con hombres armados, con la policía, etc., etc. Eso lo decía no en broma, sino proponiendo una solución verosímil. Debo decir que el que más me ayudó fue Antonio Garrigues, ministro de Justicia, que tenía muy buen sentido.

Era muy difícil vender la apertura exterior cuando no se quería llevar a cabo la apertura interior. Entonces, claro, yo no podía seguir.

F. O.—Creo que entonces Areilza hizo